El presente facsímil
del romance morisco escrito por
Ramón Espinosa de los Monteros

se edita por la
Fundación García Agüera
con motivo de haber sido distinguida con la
Medalla de la Ciudad de Coín
por su **Excmo. Ayuntamiento;**
y se realiza
en recuerdo y celebración del momento
y emotivo agradecimiento a la corporación municipal,
paisanos, familiares y amigos,
hoy
Día de Andalucía de 2014

FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA
POR EL ARTE Y LA CULTURA EN COÍN Y ENTORNO

Presidente de Honor

Javier Muguerza Carpintier

Patronato

José Manuel García Agüera
Maripepa Fernández Villalobos
José Miguel Barrientos Méndez
José Manuel García Fernández
Angelina Fernández Villalobos
Pepa García Fernández
José Antonio Ruiz de la Torre
María Teresa Villalobos Cantos
María José Villalobos Cantos
Francisco Lomeña Villalobos
José Antonio Urbano Pérez
María Jesús Torres Giménez

Consejo Asesor

Juan Manuel Martínez Palomeque
Concepción López Noguera
Juan Torres López
José María Davó Fernández
Rafael Sánchez-Lafuente Gemar
Francisco Mª Baena Bocanegra
Amalia Gómez Gómez
Fuensanta Naranjo Jiménez
José Enrique Medina Castillo
José Luis García Guillén
Antonio Jesús Bañasco de la Rubia

Director de la Fundación

José Manuel García Fernández

Director Archivo Histórico

Francisco Marmolejo Cantos

Institución cultural de carácter privado sin ánimo de lucro, libre, independiente y abierta, cuyas actividades tienen como fin el fomento, desarrollo y divulgación del Arte y la Cultura en Coín y su entorno, así como el empeño constante de recopilar, preservar y difundir nuestra historia local

Inscrita en el Registro de Fundaciones de Andalucía con el nº MA/1007 (BOE 8-6-2006)

FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA
Alameda, 30
29100 Coín (Málaga)
Tel.: 952450031- Fax: 952450430

www.fundaciongarciaaguera.org
fundacion@garciaaguera.org

LINDHARAJA LA BELLA
RAMÓN ESPINOSA DE LOS MONTEROS

©Edición:
Fundación García Agüera
José Manuel García Agüera

Cuidado de la edición:
José Manuel García Fernández

Producción del proyecto:
Fuensanta Naranjo Jiménez

Control de recursos:
José Miguel Barrientos Méndez
Angelina Fernández Villalobos

Colaboración digital:
Pepa García Fernández

Supervisión de la edición:
Maripepa Fernández Villalobos

Realización e impresión original papel:
Bodonia Artes Gráficas, SL.

Primera edición:
Febrero de 2014

Lindharaja la bella

Lindaraja la bella.

Romance morisco

escrito por

Ramón Espinosa de los Monteros

y dedicado á su amigo

D. Miguel Ordoñez Delgado.

Coín 23 de Septiembre

de

1.903.

Debo este precioso e inédito documento, original del conocido romance, al generoso regalo que me hizo don Juan Santos Gutiérrez, primer Cronista Oficial de esta Ciudad, tras la publicación de mi libro 'Crónicas de Coín' en abril del año 2000.

Hoy Día de Andalucía, con motivo de haber sido distinguida la Fundación García Agüera con la Medalla de la Ciudad de Coín por el Excmo. Ayuntamiento, presidido por don Fernando Fernández Tápia-Ruano, lo compartimos con todos en recuerdo y celebración del momento; y emotivo agradecimiento a la corporación municipal, paisanos, familiares y amigos.

J.M.G.A., 28 febrero 2014

Lindaraja la bella.

Romance morisco.

I.

En Coín el pintoresco,
el de las fértiles huertas;
el de los valles frondosos;
el de las enhiestas sierras,
de las aguas cristalinas
y de las marmóreas peñas.
El pueblo de las naranjas,
manzanas de las Hespéridas,
que detuvieron de Atlante
la impetuosa carrera.
El pueblo que de los moros
aun los hábitos conserva
y los rasgos fisionómicos
en sus hijas hechiceras
de árabes ojos rasgados
y de negra cabellera;
de altos y turgentes senos
y de suave tez morena.
El pueblo, en fin, mas morisco
de las andaluzas tierras.

En ese pueblo dichoso
de que hoy el azar me aleja,
—tal vez para mas no verlo
el resto de mi existencia,—
de sus fuentes cristalinas,
y de sus aves parleras,
y de sus valles frondosos,
y de sus abruptas sierras,
una tradicion existe,
una historia, una leyenda
que arranca de la conquista
y ha llegado á nuestra era
intacta, viva, latente,
cual verídica consejas.

II.

En las huestes castellanas
que doña Ysabel primera,
con su esposo don Fernando,
en la granadina vega
cubrió de gloria y laureles
batiendo á las agarenas
y conquistando á Granada
con su Alhambra pintoresca,
habia un Capitan, famoso
por sus hechos y proezas.

Ruiz de Alarcón se llamaba,
y era encanto de las bellas
por su gallardo donaire,
su varonil gentileza;
por su valor temerario,
y por su garbo y destreza
en las lides y en las zambras,
en los torneos y fiestas,
y en el terror que inspiraba
á las huestes sarracenas,
que al empuje de su lanza,
como rebaño de ovejas
corrían á refugiarse
en las lejanas cavernas.
Paladín tan esforzado
de la sacrosanta guerra
que emprendieron los cristianos,
allá, desde el monte Auseba,
para limpiar á la España
de la invasión agarena,
comandados por Pelayo,
el invicto astur, que hiciera
de la cruz de Covadonga
una égida y una enseña;

vino a la vega de Málaga
á proseguir su tarea
de expulsar de aquí á los moros,
que por traicion y sorpresa
dominaron siete siglos
toda la española tierra.
Y tan bien cumplió su encargo,
realizó tales proezas,
que, jornada tras jornada,
sin dar descanso ni tregua
á las huestes que mandaba,
conquistó á Caucín, Marbella,
Estepona, Suaro, Monda,
Alhaurín, Cártama y Nerja.
Y en Coín puso los ojos
y á él se acercó en son de guerra,
dispuesto á poner la planta
en lo alto de sus almenas,
á arrollar la media-luna
y á dejar clavado en ellas
el estandarte sagrado
de su Católica Reina.
Pero ¡ay! el victorioso
en cien sangrientas peleas,

al poner en Coín los ojos,
con indómita fiereza,
tras calada celosía,
en lo alto de una almena,
vió dos ojos que apagaron
su furor y su crudeza
y encendieron en su pecho
llama de amor viva, intensa.
Eran aquellos dos ojos
de Zindharaja la Bella,
hija del Kaid que mandaba
de Coín la fortaleza.
Una houri del Paraiso,
una hada, una sirena,
una virgen africana
hija de andaluza tierra,
digna de ocupar un trono
y ceñir régia diadema.
Ambos jóvenes se amaron,
—segun dice la conseja—
desde el dia en que se vieron,
él, al pié de las barbetas,
y ella, tras las celosias
de la alta y calada reja.

III.

No se entibió el ardor bélico
que Ruiz de Alarcon sintiera
al sitiar en toda forma
la morisca fortaleza,
pero aplazó su embestida
hasta averiguar quién era
aquella houri encantadora
de peregrina belleza,
cuyos ojos, dos luceros,
percibió tras de la reja.
Pronto el guerrero cristiano
pudo saber que ella era
hija de Mahomed, el Kaid
de Coin y sus almenas,
y que ella llevaba el nombre
de Lindaraja, la bella,
mas bella, que la Sultana
que un tiempo la reina fuera
de la Alhambra de Granada,
donde un mirador se ostenta
que lleva su propio nombre,
recuerdo de aquella reina.
En el pecho del cristiano

se entabló lucha cruenta
entre aquel sin amor vehemente
y su deber de la guerra.
Y en su honor decir se debe,
—pues lo reza la leyenda,—
que venció en aquella lucha
al corazon, la cabeza.
Y en efecto, à la del alba,
—como Cervantes dijera,—
apretó el cerco el guerrero;
estrechó à la fortaleza;
empleó la catapulta
contra la férrea poterna;
disparó nube de dardos,
de venablos y de piedras
para afianzar los garfios
de las escalas de cuerda,
y un "¡Santiago y cierra España!"
—grito sagrado de guerra,—
se oyó por todos los ámbitos.
Al momento, las almenas
vióronse allí coronadas
por las huestes nazarenas.

Ruiz de Alarcon, el primero,
arrancó del infiel bandera
musulmana, y en su sitio
enclavo la de su Reina.
Huyeron despavoridos
los creyentes del Profeta;
mas disparando en su huida
espesa nube de flechas.
Una de estas, por desgracia,
se clavó con tal fiereza,
en Ruiz de Alarcón, que exánime
cayó al pié de su bandera
muriendo allí como bueno,
coronada ya su empresa.
Gran honda impresión su muerte
causó en Lindharaja bella,
que desde torre lejana
presenció la horrible escena,
que al verlo caer inerte
al pié de su santa enseña,
lanzó un grito sobrehumano,
ronco, cual herida fiera;
bajó á saltos de la torre;

corrió por valles y sierras,
loca, febril, desalada,
sin rumbo ni ruta cierta;
al aire suelto el cabello,
desgarradas, descompuestas
sus bordadas vestiduras;
sin ideas ni conciencia
de sus actos y palabras;
en fin, privada de veras
de la razon, por la vista
de aquella escena sangrienta
en que perdió amante y padre
la Lindharaja la bella.

IV.

Cierto rabino hechicero,
que hacía vida anacoreta
del lado allá del arroyo,
que hoy el Chorrero serpea,
allá, en elevadas rocas
que á Valdeperales Megan,
tenía su misteriosa
guarida en profunda cueva.
Allí fué á dar con su cuerpo,

ensangrentada y maltrecha,
desencajados los ojos,
revuelta la cabellera,
cubiertos los blancos labios
de espuma sanguinolenta,
la que pocas horas antes
fué Lindhiaraja la bella.
Y allí estuvo largas horas,
sin que ni una señal diera
de vida, hasta que al cabo,
el rabino anacoreta,
que se hallaba herborizando
por los montes y las sierras,
retornando á su guarida,
la encontró evánime en ella.
Se inclinó, tomó su pulso,
y al sentir latir la arteria,
de cierto elixir, dos gotas
dejó caer con destreza
en sus entreabiertos labios.
Y Lindhiaraja la bella,
lanzó un profundo suspiro,
miróle con extrañeza,

y como por arte magico,
se puso de pié en la cueva.
Contóle su triste historia,
sus angustias y sus penas
y sus deseos de vengarse
de la humanidad entera,
por aquella su desgracia,
por aquella doble pérdida
de su padre y de su amante,
cuando una vida risueña
se forjaba alla, en su mente,
para el final de la guerra
que entre moros y cristianos
sonaba en hora postrera.

V.

El rabino y hechicero,
condolido de sus penas,
le dijo: "Voy á dejarte
"en tus deseos satisfecha.
"tú estás herida de muerte,
"por conmocion tan violenta;
"tu razon, está perdida;
"tu sangre, cuajada y yerta;

" te quedan pocos instantes
" de vida sobre la tierra;
" mas yo un talisman poseo
" para transformarte en piedra,
" y que pruebas, cada luna
" de esta Egira ó venideras,
" tomar nueva forma humana,
" ser Lindharaja la Bella
" y ejercitar la venganza
" que tu corazon desea,
" pues el mortal que te mire
" asomada en esta cueva,
" caerá muerto en el acto.
" Y así, cada luna nueva,
" quien pase por el Chorrero
" y tu gentil forma vea,
" se irá para el otro barrio
" y tú otra vez serás piedra.
" Y un siglo tras otro siglo
" tomarás venganza fiera
" de la muerte de tu padre
" y de tu amante. ¿Lo aceptas?"
—Acepto, —dijo en voz baja

Lindaraja — estoy resuelta."

VI

Y, gracias al talismán
que tenía el anacoreta,
y rabino, y hechicero,
—todo eso en una pieza,—
se convirtió Lindaraja,
la que el mundo llamó bella,
en informe, abrupta roca
que á la entrada de una cueva
se vé bien desde el Chorrero.
Y de entonces, la leyenda
corre de padres á hijos
cual verídica consejas.

"Y si, lector, dijeres que comento,
como me lo contaron te lo cuento."

Si dudades que estos son versos agenos,
por copia te los firmo, como buenos.

Ramón Espinosa
de los Monteros

Coín 23 Septiembre
903.

FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA